



André-Louis PERINETTI, Francia, 1985

Nació en Asnières, Francia, en 1953. Secretario General del Institut International du Théâtre de la UNESCO en 1984

El Instituto Internacional de Teatro celebra el 27 de marzo de 1985 el 24º Día Mundial del Teatro. De hecho fue en 1962, en la apertura de una sesión del Teatro de las Naciones en París, un 27 de marzo, cuando nació esta celebración. Podría parecer sorprendente que la gente de teatro sienta la necesidad de festejar su arte en un día determinado del año. ¿No lo practicamos todos los días? ¿No le aportamos cada vez el entusiasmo, no encontramos en él un mismo placer? En realidad, el Día Mundial del Teatro es un momento privilegiado y excepcional que nos hemos fijado en el tiempo para permitirnos unos a otros, los que laboramos en esta profesión, el unirnos, porque las hay, a través de fronteras, de ideologías, de generaciones, de disciplinas. Este día nos permite centrarnos en todo lo que nos une, lo que nos enlaza a través de nuestras alegrías y nuestras penas. Pero por encima de todo, nos da la oportunidad de posar una mirada sobre el otro, sobre otras culturas, al otro extremo del planeta. ¡Si, hermanos de la poesía, la gente de teatro anticipa la realidad del mañana, presintiendo así el destino de la humanidad! ¡Ellos son también su memoria!

Hace cuarenta años que terminó la Segunda Guerra Mundial. El Teatro recuerda... Acosado perseguido a través de los tiempos, símbolo de la resistencia a toda opresión, el teatro que se identifica con la vida, porque es creación, es testigo de este Renacimiento.

Del final de la pesadilla surgió una gran esperanza: la de la mutua comprensión entre los pueblos.

Las grandes organizaciones internacionales, basadas en la premisa de la igualdad entre los estados y los pueblos, fueron creadas. Cada pueblo aporta en un momento u otro de su historia una contribución decisiva al progreso de la humanidad, y todos sintieron que debían unirse a fin de darle una expresión plena a sus potencialidades.

Todos debemos ser solidarios. Pero la gente de teatro no tuvo que descubrir la solidaridad, ya que siempre la ha practicado. La creación del Instituto Internacional de Teatro, que ocurrió muy poco tiempo después que la de las grandes organizaciones, fue inspirada por una de ellas, la UNESCO, aparece así como la afirmación de una identidad, de una voluntad de construir en un común futuro a la medida de la esperanza de los artistas.

Nuestras profundas similitudes culturales, nuestra misma visión del hombre, tejida en el curso de los siglos, suscitan un sentimiento de pertenencia a un mundo único. Cada hombre de teatro, cada mujer de teatro, participa en esta universalidad. Preocupados por el destino de nuestra comunidad, no lo estamos menos por el mundo.

Todos los esfuerzos de creación y de intervención emprendidos por la comunidad intelectual en todo el mundo para incrementar las oportunidades de intercambios y contextos, son indisolubles de nuestra propia acción. Nuestros teatros son lugares de convergencia, ocasión de acercamientos, una apertura hacia la contribución de todos nosotros a la herencia del conocimiento y de las artes.

Reflejo de diferentes sociedades, el teatro pone de lado lo que nos separa y hace aparente lo que los hombres tienen en común: el deseo de Paz.

Por ello, ¿cómo podríamos no preocuparnos, en ocasión de este Día Mundial del Teatro, cuando el principio de la universalidad está amenazado en una de las principales organizaciones internacionales?

Este principio es la garantía de la protección y el respeto debidos a cada quien, individuo o comunidad.

Pero en este año de 1985, consagrada a la juventud, otro deber nos reclama. Nosotros, hombres y mujeres de teatro del presente, hemos recibido una herencia del pasado y somos responsables de ella ante los artistas del mañana.

La juventud aspira a participar, a compartir responsabilidades. Crece en la solidaridad y desea estar asociada a actividades ligadas a las grandes causas, y es capaz de tanto amor...

Pero exige la Verdad.

Nos corresponde a nosotros no enmascararla, a fin de que la esperanza que representa la juventud pueda convertirse en salvaguarda de la paz y la amistad entre los pueblos.

Su ideal, y el nuestro, no es un sueño de la imaginación, sino una exigencia permanente de la conciencia de los artistas.